

Reflexiones sobre la economía soviética a la luz del materialismo histórico

Por Enrique M. UREÑA *

El sistema socialista soviético de planificación centralizada, una vez que ha conseguido impulsar un elevado grado de desarrollo de las fuerzas productivas, deja de ser la forma capaz de seguir impulsando racionalmente ese desarrollo y de servir a la preparación histórica del establecimiento de una futura sociedad, cuyo principio fundamental, según Marx lo quisiera, sería el de «desarrollo pleno, polifacético y libre de todos y cada uno de los individuos».

CAPITALISMO Y SOCIALISMO EN EL MATERIALISMO HISTORICO

«La doctrina marxista-leninista demostró teóricamente, y la praxis histórica lo ha confirmado, que el paso del capitalismo al comunismo es un proceso histórico objetivo del desarrollo de la sociedad humana.» Así comienza la parte dedicada a la economía política (1). Estas frases, con unas u otras variantes que no alteran sustancialmente su contenido, pueden encontrarse repetidas hasta la saciedad en textos soviéticos de economía. Así comienza también, p. ej., el primer capítulo del primer tomo de una estupenda historia de la economía soviética que ha ido publicando recientemente en siete volúmenes el Instituto de Economía de la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética: «El paso del capitalismo al socialismo es un proceso sometido a leyes determinadas, es el resultado necesario del desarrollo social. El marxismo, al descubrir las leyes objetivas del nacimiento y desarrollo del capitalismo, puso al desnudo las contradicciones que le son inherentes, fundamentó científicamente la necesidad e inevitabilidad de la destrucción del capitalismo y de su sustitución por una nueva forma superior de sociedad, demostró el ineludible paso revolucionario de la sociedad al socialismo. Esta conclusión de la teoría marxista ha sido confirmada por la historia» (2).

La doctrina oficial de la Unión Soviética recoge así algo que es verdaderamente central en la concepción materialista de la historia de Carlos Marx: el socialismo habría de ser *el gran parto histórico del capitalismo*, parto que sería forzado por las contradicciones crecientes en el seno de este último entre el desarrollo de las fuerzas productivas por él mismo impulsado y sus propias relaciones de producción. En el presente artículo, después de hacer algunas consideraciones en torno a este tema central

* Doctor en Ciencias Económicas y en Filosofía. Profesor en la Universidad de Comillas.

(1) *Polititscheskaija Ekonomija*, Moskva 1973, pág. 247.

(2) *Istorija socialistitscheskoi ekonomiki SSSR v semi tomach*, Tom perb'i, Moskva 1976, pág. 13.

del materialismo histórico de Marx, intentaré poner ese tema en relación con el socialismo imperante en la Unión Soviética desde la Revolución de Octubre, y particularmente con el origen y el significado histórico de las reformas de la economía soviética, iniciadas por Kosygin con un Informe al Comité Central del Partido Comunista de la URSS del 25 de septiembre de 1965 (3).

La justificación histórica marxiana del capital

En sus notas a un manual de economía política de A. Wagner, escritas muy pocos años antes de su muerte, Carlos Marx se burlaba de quienes veían en su teoría del valor la pieza central de un sistema socialista de producción. Y la razón de esta burla era bien clara: Marx sabía mejor que nadie que él había vertido ríos y ríos de tinta sobre el sistema capitalista de producción socialista (4). Marx veía así certeramente que su papel no era el de profeta sino el de científico, y que un estudio de la economía socialista, semejante al hecho por él sobre el capitalismo, solamente podría confeccionarse sobre la base empírica de una sociedad socialista que ya se hubiera realizado históricamente en un grado mayor o menor y que llevara funcionando un período de tiempo suficientemente sustancioso. Sin embargo, sí encontramos esparcidas a lo largo de su obra un conjunto de observaciones esporádicas acerca del carácter general de la futura sociedad socialista. Estas observaciones se encuentran siempre insertas dentro de uno de los tres contextos siguientes: en el contexto de una crítica ideológica y polémica contra determinados programas de acción socialista (5); en el contexto de una contraposición de determinadas ventajas de una forma socialista de organizar la actividad económica a correspondientes desventajas de la forma capitalista de producción; en el contexto de una consideración de la futura sociedad socialista como un parto histórico del propio capitalismo. Vamos a detenernos primero en un comentario a los pasajes de *El Capital* que se encuentran dentro de este último contexto.

«La misión histórica de la forma capitalista de producción», escribe solemnemente Marx en el capítulo 27 del tomo tercero de *El Capital*, «consiste en alentar un fabuloso desarrollo material de las fuerzas productivas e impulsar la creación y ampliación del mercado mundial, lo cual ha de servir de fundamento material para la nueva forma de producción» (6). Esta idea de que al capitalismo le ha correspondido la gran misión histórica de propulsar un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas, que es *condición necesaria* para el nacimiento, subsistencia y desarrollo del socialismo, es repetida por Marx numerosas veces en sus escritos. En su visión un tanto darwiniana del desarrollo histórico de la sociedad humana (7), Carlos Marx se recrea en señalar cómo precisamente el mecanismo esclavizante y explotador capitalista de la producción de plusvalía constituye la gran palanca histórica capaz de levantar a la sociedad humana hasta la realización de unas condiciones materiales que harán posible la plena humanización del hombre en una sociedad socialista. En el capítulo 22 del tomo primero de *El Capital*, tras haber descrito precisamente en capítulos anteriores la situación infrahumana en la que se encontraba el proletariado inglés debido a la tendencia desenfrenada del capitalismo hacia la obtención de más y más plusvalía, escribe Marx: «La fuerza motriz del capitalismo no es la producción de valores de uso y su disfrute, sino la producción de valor de cambio y su acrecentamiento. En cuanto fanático de la revalorización del valor obliga despiadadamente a la humanidad a pro-

(3) Un resumen de este informe puede verse en *Socialist Economics* (editado por A. Nove y D. M. Nuti), Penguin Books, 1972.

(4) *Glosas marginales al manual de economía política de A. Wagner* (1879/1880), Marx Engels Werke (en adelante: MEW) 19, 357.

(5) Fundamentalmente en la crítica al programa de Gotha (1875).

(6) *Capital III*, MEW 25, 457.

(7) Sobre esto puede verse: ENRIQUE M. UREÑA, «Marx and Darwin», en *History of Political Economy*, vol. 9, núm. 4 (winter, 1977).

ducir por el hecho de producir, y de aquí se deriva el desarrollo de las fuerzas productivas sociales y la creación de las condiciones materiales de la producción que son imprescindibles para poder construir una forma más elevada de sociedad, una forma de sociedad cuyo principio fundamental es el desarrollo pleno, polifacético y libre de cada uno de los individuos que la integran» (8).

La grandeza, por un lado, y la inevitabilidad, por otro, de esta gran misión del capitalismo llegan incluso a justificar históricamente para Marx la realidad y los procedimientos de este último: «el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social es la misión histórica y la justificación del capital»... «yo veo a la gran industria (capitalista) no sólo como la madre del antagonismo, sino que la presento también como la creadora de las condiciones materiales y espirituales para la solución de esos antagonismos, cosa que por lo demás no puede ir ocurriendo por un camino agradable» (9). Carlos Marx recalcó así tanto la capacidad industrializadora y «civilizadora» del capitalismo que, como sagazmente observó Joan Robinson en cierta ocasión, se ha dado la curiosa paradoja de que pocos economistas habrán fundamentado tanto las glorias del capitalismo como el autor cuya intención directa era precisamente la de destruirlo para siempre (10).

El capitalismo como «final de la prehistoria»

Pero a pesar de este bonito dicho de Robinson los resultados del análisis marxiano de la economía capitalista coinciden de lleno con la intención de su autor. Marx pretendió haber demostrado teóricamente que, una vez conseguido por el capitalismo un determinado grado muy elevado de desarrollo de las fuerzas productivas, de desarrollo industrial, el mecanismo de funcionamiento capitalista basado sobre la producción y apropiación privada de plusvalía dejaría de ser la forma capaz de continuar impulsando un desarrollo racional de las fuerzas productivas y de la industrialización, y de servir a la preparación histórica del establecimiento de una sociedad «cuyo principio fundamental es el desarrollo pleno, polifacético y libre de cada uno de los individuos que la integran». Esto es lo que Marx quiere expresar cuando afirma, con su terminología peculiar y más conocida, que a partir de un momento histórico determinado el desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción abierta e insostenible con las relaciones capitalistas de producción. Esta tesis marxiana, que dentro de un contexto más amplio de la concepción materialista de la historia está lúcidamente expresada en el prefacio a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, aparece más concretamente definida en el siguiente pasaje del tomo tercero de *El Capital*: «Los verdaderos límites de la producción capitalista son el capital mismo, es decir: que el capital y su revalorización aparecen como el punto de partida y como el punto final, como el motivo y la finalidad de la producción. Y el medio para conseguir e impulsar esa revalorización—el desarrollo de las fuerzas productivas—cae en contradicción constante con lo limitado de su finalidad, de la finalidad de la revalorización del capital existente. Por eso, si la forma capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar las fuerzas productivas y para crear el correspondiente mercado mundial, es a la vez la contradicción constante entre esa misión histórica y sus propias relaciones de producción» (11).

Naturalmente Marx no hace estas afirmaciones en el vacío. Su fundamentación se encuentra anclada en la teoría de las crisis económicas, teoría que, sin embargo, Marx no acabó de construir suficientemente a pesar de (o quizás sería mejor decir: precisa-

(8) *Capital I*, MEW 23, 618. Subrayado mío.

(9) *Capital III*, MEW 25, 269; Marx a Kugelmann (17.39.1868), NEW 32, 541. Subrayados míos.

(10) J. ROBINSON: «Marx, Marshall and Keynes», en *Collected Economic Papers*, vol. two, Oxford, 1964, pág. 12.

(11) *Capital III*, MEW 25, 260.

mente por) ser algo medular en el conjunto de su completa y extensísima obra económica. Schumpeter llamó a esta teoría de las crisis «el gran capítulo no escrito» de la obra de Marx y el gran capítulo «que hubiera resumido la totalidad de esa obra» (12), mientras que Helmut Reichelt subrayó la enorme complejidad de este tema central en Marx, al afirmar que una exposición sistemática de la problemática de las crisis económicas, tal como Marx la planteó, «equivale a la cuadratura del círculo en el terreno de la economía política» (13). Pero, afortunadamente para nosotros, en este momento no nos es necesario entrar en una explicación de la teoría marxiana de las crisis económicas (14). En el contexto del presente artículo nos basta con recordar que Marx pretendió haber fundamentado con ella la necesidad, inherente al mismo mecanismo auto-expansivo de la economía capitalista, de la propia autodestrucción de esta última. La teoría marxiana de la crisis constituye el análisis económico concreto que pretende haber demostrado científicamente cómo y por qué el desarrollo de las *fuerzas productivas* impulsado por el *capitalismo* va a hacer obsoleto el tipo de *relaciones de producción* que le definen y a forzar, con necesidad histórica y objetiva (como muy bien recogen los textos soviéticos citados al comienzo de este artículo), el nacimiento de una nueva sociedad definida por un tipo radicalmente distinto de relaciones de producción.

Pero si no nos interesa ahora detenernos en los mecanismos específicos que, en la *etapa capitalista* del desarrollo histórico de la sociedad humana, constituyen la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sí nos interesa en cambio fijarnos en otra cosa que también es específica de la etapa capitalista en la concepción materialista de la historia de Marx, y que reviste suma importancia: en el materialismo histórico el capitalismo aparece como la *última* configuración *antagónica* en el desarrollo de las sociedades humanas (después de la asiática, la antigua y la feudal). La misión histórica del capitalismo puede entonces ser reformulada ahora de una manera todavía más gloriosa y grandilocuente: la gran tarea histórica del capitalismo consiste en cerrar para siempre la prehistoria irracional y contradictoria de los hombres y de las sociedades formadas por ellos, dando a luz la nueva sociedad socialista que iniciará el período de la verdadera *historia* de la humanidad. Así leemos en un conocido pasaje del prefacio a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*: «Las relaciones burguesas de producción son la *última forma antagónica* del proceso social de producción (...). Las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa *crean a la vez las condiciones materiales para la solución de ese antagonismo*. Con esta forma específica de sociedad se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana» (15). Vamos a comentar brevemente este texto.

Marx vuelve aquí a repetirnos una vez más que el capitalismo, gracias al impresionante desarrollo de las fuerzas productivas por él impulsado, crea las condiciones materiales para el paso a una nueva forma superior de producción. Pero en este texto se añade explícitamente que esa nueva forma de sociedad ya no estará caracterizada por relaciones de producción *antagónicas*. Este último término se refiere directamente a que, en la concepción de Marx, la contradicción *estrictamente económica* entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones *capitalistas* de producción está *indisolublemente ligada a un antagonismo de clases sociales*. El interés de la *clase capitalista* está identificado con la *perpetuación* de unas relaciones capitalistas de producción que se definen precisamente por su *apropiación privada* de los medios de producción, lo cual les garantiza su posición de privilegio estructural en la sociedad, mientras que el interés de la *clase asalariada* está identificado con la *destrucción* de esas relaciones de producción que estructuralmente les esclavizan y explotan.

(12) J. A. SCHUMPETER, *History of Economic Analysis*, New York, 1954, págs. 747 y 1131.

(13) H. REICHELT, *Zur logischen Struktur des Kapitalbegriffs bei Karl Marx*, Frankfurt, 1971 (2.ª ed.), pág. 185.

(14) El lector interesado en ello puede acudir a: ENRIQUE M. UREÑA, *Karl Marx Economista*, Madrid, 1977, Ed. Tecnos, capítulo VII.

(15) MEW 13, 9. Subrayados míos.

Por ello, aun cuando la *contradicción económica* entre el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas y las relaciones capitalistas de producción exijan en un momento histórico dado el paso a una nueva forma socialista de organizar la actividad económica, basada sobre una *apropiación social* de los medios de producción, el *antagonismo social* de intereses de clase hará que la clase dominante capitalista se oponga con todas sus fuerzas a ese paso y lo impida, hasta que la clase asalariada lo fuerce violentamente mediante una revolución. En la futura sociedad socialista las relaciones de producción están en cambio basadas, como ya indicamos, en la apropiación social de los medios de producción, por lo cual las posibles contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes en un momento dado no revestirán ese carácter social *antagónico*. Oskar Lange lo ha formulado concisa y certteramente así: «La diferencia esencial entre la sociedad socialista y sociedades basadas en la dominación de clase, consiste en que en las sociedades basadas sobre la dominación de una clase por otra las contradicciones—particularmente las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el carácter conservador de las relaciones de producción—están conectadas con intereses de clase y toman la forma de lucha de clases. Esto no ocurre en una sociedad socialista. Por eso se acostumbra a decir que estas contradicciones no tienen en la sociedad socialista un carácter antagónico» (16). Si esto es así resulta entonces que las necesarias transformaciones del sistema económico, exigidas en un momento histórico dado en una sociedad socialista para bien de toda esa sociedad, serán realizadas sin mayores dificultades y *sin que ninguna clase social dominante* se pueda oponer a ello. Oskar Lange ha formulado también esto categóricamente en otro lugar: «Esta es precisamente la diferencia básica entre el desarrollo de la sociedad socialista y el de una sociedad que está basada en relaciones antagónicas de clase. En la sociedad socialista no hay ninguna clase que se pueda oponer a estas transformaciones. Sí puede ocurrir que ciertos estratos o grupos, que tienen intereses creados en los antiguos métodos de organizar la producción, creen obstáculos a los cambios necesarios. Pero estos obstáculos nunca podrán ser de tal categoría que hagan inoperativas las transformaciones requeridas por las nuevas circunstancias históricas» (17).

La característica más diferenciante de la nueva sociedad socialista, que el capitalismo habría de dar históricamente a luz según el materialismo histórico de Marx, está entonces representada por la *propiedad social de los medios de producción*. La traducción más directamente *sociopolítica* de esta característica es la configuración de una *sociedad sin clases*, cuyos miembros cooperan libremente con la finalidad consciente de lograr el pleno desarrollo humano de todos y cada uno de ellos. La traducción más directamente *económica* de esa característica es la organización de una producción *orientada directamente a los valores de uso* (es decir: a los bienes concretos) que la sociedad necesita (en lugar de estarlo a la obtención de un beneficio privado en dinero) mediante una *planificación y control social* de toda la actividad económica (que sustituye a la anarquía individualista del mercado libre), conscientemente dirigido todo ello a conseguir aquella plenitud humana de todos y cada uno de los individuos que integran la nueva sociedad socialista.

En los textos citados al comienzo de este artículo veíamos cómo la doctrina oficial soviética entiende la realidad social y económica de la URSS como una confirmación histórica y práctica de las ideas centrales del materialismo histórico expuestas en este apartado. En el resto del artículo vamos a discutir hasta qué punto la realidad soviética se corresponde con la nueva sociedad socialista que Marx previera como el gran parto histórico del capitalismo.

(16) O. LANGE, «The Political Economy of Socialism» (1958), en *Papers in Economics and Sociology 1930-1960*, Oxford, 1970, pág. 87.

(17) O. LANGE, «The role of planning in a socialist economy» (1958), en *Papers in Economics...*, o. c., pág. 104.

E. M. UREÑA

EL SOCIALISMO SOVIETICO A LA LUZ DEL MATERIALISMO HISTORICO:
ECONOMIA Y POLITICA

Cuando los bolcheviques, tras la victoriosa Revolución de Octubre, tuvieron que enfrentarse con la tarea de la construcción de una sociedad socialista se encontraron *teóricamente desarmados*. Marx, como ya he indicado en el apartado anterior, no se había ocupado de elaborar ningún modelo concreto de funcionamiento de una economía socialista ni siquiera de discutir problemas relacionados con su implantación y desarrollo. Tampoco lo había hecho Engels. Lenin, por su parte, había dedicado igualmente todos sus esfuerzos teóricos, antes de 1917, a la crítica del capitalismo. Quizás la única contribución teórica anterior a la Revolución de Octubre, y digna de tenerse en cuenta en este terreno, haya sido el ensayo publicado por Barone en *Il Giornale degli Economisti* en 1908 (18). A esta dificultad teórica se añadió en seguida la dificultad práctica constituida por la guerra civil. Estas dos circunstancias, junto con un cierto ingenuo intento de instaurar de la noche a la mañana un comunismo pleno, que respondiera a las características más generales de la futura sociedad socialista prevista por Marx, dieron como resultado el llamado «comunismo de guerra» (1918-1920): la nacionalización de toda la industria y la naturalización de la economía con el intento incluso de suprimir totalmente el dinero, fueron algunas de las características principales de ese «consumismo de guerra», que culminó en un verdadero caos (19).

Para salir de ese caos inició Lenin en 1921 la llamada *Nueva Economía Política*, que se caracterizó por la libertad de los agricultores para vender libremente sus productos en el mercado y poseer pacíficamente sus tierras, por la legalización de la pequeña empresa privada, sobre todo en el comercio, por el papel que jugaban los mecanismos económicos frente a los puramente administrativos en la gran industria estatal, y por la libertad casi absoluta de discusión que impulsó un brillante florecimiento de la teoría económica en la Unión Soviética (20). Durante este período de la NEP la industria soviética funcionó de una manera relativamente descentralizada. Ello se debió fundamentalmente al reconocimiento explícito de dos principios. En primer lugar al reconocimiento del principio de la distinción entre una dirección y control general de la industria a través del establecimiento *centralizado* de objetivos y directrices globales para las diversas ramas de la industria y para su coordinación, por un lado, y, por otro lado, la ejecución microeconómica de esa política industrial, que era dejada *a la discreción de los managers* en el funcionamiento cotidiano y operacional de las empresas. En segundo lugar, el carácter descentralizado de la NEP se debió también al reconocimiento explícito del principio de la *Khozraschot* (contabilidad de pérdidas y ganancias) como el principio orientador fundamental de las empresas en su funcionamiento operacional y microeconómico: cada empresa o grupo de ellas llevaba una contabilidad de pérdidas y ganancias que se suponía reflejaba la «salud» económica de su funcionamiento. Conforme a estos principios la mayoría de las empresas y Trusts industriales, aunque no podían salirse de los límites impuestos por las directrices y objetivos generales que estaban determinados centralmente para las diversas ramas de la producción y para la economía en su conjunto, sí podían decidir autónomamente qué, cómo y cuánto producir, podían cerrar contratos autónomamente con

(18) Este ensayo está editado por Von Hayek en *Collectivist Economic Planning*, Routledge & Kegan Paul, 1935, con el título de «The Ministry of Production in the the Collectivist State». Un buen extracto de este ensayo puede verse en A. NOVE y D. M. NUTI (edit.), *Socialist Economics*, o. c., págs. 52-74.

(19) *Istoriya socialistitscheskoi ekonomiki...*, o. c., págs. 235-446; A. NOVE, *An Economic History of the U.S.S.R.*, Penguin Books, 1976, págs. 46-82.

(20) *Istoriya socialistitscheskoi ekonomiki SSSR y semi tomuch*, Tom vtoroi, Moskva, 1976; A. NOVE, *An Economic History...*, o. c., págs. 83-159; M. LEWIN, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, London, 1975, págs. 34-96; W. BRUS, *Funktionsprobleme der sozialistischen Wirtschaft*, Frankfurt, 1971, págs. 71-97.

sus clientes y con sus proveedores, podían concertar directamente créditos con entidades bancarias para la financiación de su capital circulante, podían contratar libremente los trabajadores que consideraran oportunos, etc. Aunque este sistema no funcionara de hecho en toda su pureza, y hubiera multitud de interferencias burocráticas en terrenos microeconómicos reservados teóricamente a la decisión de los directores de las empresas, el período de la Nueva Economía Política estuvo ciertamente caracterizado por una descentralización muy significativa de la economía (21). Pero la NEP no resistió mucho tiempo y en 1929, bajo la égida de Stalin, se inició una nueva transformación del sistema, esta vez encaminada hacia una creciente centralización en la dirección y control de la producción soviética. La URSS pasó a gobernar su economía mediante lo que podemos llamar el modelo de *planificación centralizada* (22).

La planificación centralizada. Motivos del cambio

El modelo soviético de planificación centralizada puede caracterizarse, en una primera aproximación, por los rasgos opuestos a los que acabamos de señalar para la NEP. En 1929 se inició un durísimo proceso de colectivización forzosa de la agricultura, en el que los *kulaks* o campesinos más prósperos (23) fueron perseguidos y deportados con la finalidad explícita de ser liquidados como clase. La represión brutal ejercida sobre millones de campesinos fue verdaderamente espeluznante. En 1936 se había ya colectivizado al 89,6 por 100 del campesinado (24). La pequeña empresa privada, incluida la del pequeño comercio, fue suprimida. La economía desapareció como ciencia del mapa de la Unión Soviética. Finalmente, la descentralización y el empleo de métodos económicos en la dirección y control de la industria, que predominaron durante el período de la NEP, fueron dando paso a una creciente centralización y a un control y dirección de la economía ejercidos mediante instrucciones y órdenes administrativas. La planificación central fue extendiéndose (sobre todo a través de los planes anuales, trimestrales y mensuales, que desagregaban y actualizaban los quinquenales) (25) al terreno microeconómico y operacional de las empresas, reduciendo así a su mínima expresión el margen autónomo de estas últimas y eliminando la importancia de su contabilidad de pérdidas y ganancias o *Khozraschot*. Este nivel microeconómico y operacional pasó así a ser regulado directamente por la necesidad de *cumplir el plan* señalado forzosamente para cada una de las empresas y construido fundamentalmente en términos *naturales* (toneladas, kilowatios/hora, toneladas/kilómetro, etc.) por la agencia central planificadora *Gosplan*: a las empresas les venía concretamente determinado en el plan qué, cómo y cuánto producir; a quién vender sus productos y de quién recibir sus medios necesarios de producción, y en qué cantidades; volumen de empleo y tope global salarial; índices de reducción de costos y de productividad del trabajo, etc. La dirección y control de la economía soviética inició así, al

(21) M. DOBB, *Socialist Planning: Some Problems*, London, 1970, págs. 15 y sgs. M. LEWIN, *Political Undercurrents...*, o. c., págs. 95 y sig.

(22) Uso aquí una terminología muy general que me parece más adecuada para los límites dentro de los que se mueve este artículo. Para una distinción mucho más sofisticada de los diversos tipos o modelos de organización de una economía socialista puede verse la obra de P. WILES, *The Political Economy of Communism*, Oxford, 1962, págs. 67 y sgs.

(23) Para caer dentro de esta denominación bastaba con poseer un par de caballos y un par de vacas, y tener algún sobrante para vender. Se estimaba que los *kulaks* constituirían entre un 5 y un 7 por 100 del campesinado. Véase A. NOVE, *An Economic History...*, o. c., págs. 107-109.

(24) A. NOVE, *An Economic History...*, o. c., págs. 160-186. Un estudio muy documentado sobre este tema puede encontrarse en M. LEWIN, *La paysannerie et la pauvreté soviétique*, Mouton, París, 1966.

(25) MIKHAIL BOR, *Aims and Methods of Soviet Planning*, London, 1967, páginas 38, 43, 168 y sig.

final de la década de los veinte, una carrera hacia la configuración y consolidación de un sistema de planificación centralizada que *tiende* a determinar hasta el último detalle operacional de la última empresa del país, y que se ha continuado sustancialmente hasta nuestros días (26).

Ahora hemos de preguntarnos cuáles fueron las causas de este viraje desde la descentralización de la NEP hasta un sistema tan fuertemente centralizado. A ello concurren simultáneamente dos causas principales: una causa *ideológica* y otra *económico-política*.

La liberalización que supuso la NEP con respecto al llamado «comunismo de guerra» fue introducida por Lenin como una medida forzosa para salir del caos en el que ese «comunismo de guerra» había sumido a la Unión Soviética, pero con la clara conciencia de que con ella estaba introduciendo elementos estructuralmente ajenos a una verdadera economía socialista. Para Lenin la NEP era ya en su inicio una etapa puramente provisional y pasajera, que habría de facilitar el paso a una pronta reestructuración de la economía en la que la planificación centralizada y la contabilidad en unidades naturales encontrarán su puesto de honor. La siguiente famosa frase de Lenin, referida a la introducción de la Nueva Economía Política, no puede ser más elocuentemente a este respecto: «Nosotros nos retiramos, retrocedemos, pero hacemos esto únicamente para coger carrera tras este paso atrás y poder así dar después un salto mucho mayor hacia adelante» (27). El modelo de planificación centralizada subyacía ideológicamente como algo consustancial al socialismo.

La segunda causa originadora del viraje hacia el sistema de planificación centralizada tiene un carácter económico y político. La revolución proletaria es una Rusia económica y políticamente subdesarrollada era vista por Marx, Engels y Lenin como la palanca que, en las condiciones históricas concretas de la Europa de entonces, habría de servir como catalizador político de la revolución proletaria en los países desarrollados europeos, revolución esta última que entonces haría posible el establecimiento en Rusia de un verdadero socialismo. Así afirmaba Engels en 1894 que una revolución rusa ayudaría a acelerar la victoria del proletariado industrial de los países más desarrollados, sin la cual era impensable una implantación del socialismo en Rusia (28), mientras que Lenin veía en la revolución rusa de 1905-1907 «un *preludio* de la revolución *europea* que se avecina» (29). Y refiriéndose a la misma revolución de octubre escribía Lenin: «una vez que el proletariado ruso ha conquistado el poder, tiene todas las posibilidades para consolidarse y para guiar a Rusia hasta que llegue la victoriosa revolución en Occidente» (30). Pero esa victoriosa revolución proletaria de los países industrializados no llegó. Y entonces no le quedó a la Unión Soviética otra alternativa que la de industrializarse aceleradamente por sus propios medios. El gran objetivo político y económico del sistema soviético era y sigue siendo el de la construcción de una sociedad comunista en el más pleno sentido de la palabra, pero ese gran objetivo final requería y requiere como condición previa la salida del estado de subdesarrollo industrial, en el que se encontraba la URSS, y el alcance progresivo de un desarrollo muy grande y significativo de las fuerzas productivas. En la *economía* se dio así prioridad absoluta al *crecimiento* económico, mientras que en la *política* se *centralizó en manos del Estado* toda la economía para asegurar así ese crecimiento y crear lo más pronto posible las condiciones materiales para la implantación del comunismo pleno. La segunda causa del viraje desde la NEP hasta el sistema de planificación centralizada, puede entonces resumirse concisamente así: ese sistema

(26) M. DOBB, *Socialist Planning*, o. c., págs. 16-18; A. NOVE, *The Soviet Economic System*, London, 1977, págs. 18, 23 y sig.

(27) Citado en J. KOSTA, *Warenproduktion im Sozialismus*, Frankfurt, 1973, página 140.

(28) MEW TT, 435.

(29) Citado en R. LORENZ, *Sozialgeschichte der Sowjetunion 1*, Frankfurt, 1976, página 11.

(30) Citado en R. LORENZ, *Sozialgeschichte...*, o. c., pág. 302.

centralizado surge en la URSS de finales de los años veinte *como respuesta al objetivo ineludible de industrializar aceleradamente un país subdesarrollado y ponerle a la cabeza de la economía mundial, estableciendo así las condiciones materiales para la construcción del comunismo pleno* (31).

Desarrollo socialista de las fuerzas productivas

Desde el punto de vista del Materialismo Histórico resulta entonces que el sistema socialista imperante en la URSS desde la Revolución de Octubre ha venido a *suplir de hecho al capitalismo en la gran misión histórica de alcanzar ese gran desarrollo de las fuerzas productivas, imprescindible para el establecimiento de la nueva sociedad prevista por Marx*, cuyo principio fundamental sería «el desarrollo pleno, polifacético y libre de cada uno de los individuos que componen la sociedad». Ese sistema socialista soviético ha conseguido ciertamente impulsar un crecimiento económico sin precedentes, sobre todo durante las primeras décadas de su puesta en marcha, pero lo ha hecho a costa de sangre y de una brutal represión sobre el pueblo (que *no sólo* sobre la alta burguesía, el clero y la aristocracia). A la industrialización de la URSS puede aplicarse también la frase que Marx refiriera, con toda razón, a la primera industrialización capitalista: es una industrialización que ha sido gestada «a sangre y fuego», que «rezuma sangre y ponzoña desde la coronilla hasta el dedo gordo del pie» (32). El grito salvaje de Stalin exigiendo «aplantar a la kulakería y liquidarla como clase» (33), que tuvo como consecuencia el exterminio físico de varios millones de campesinos, es sólo uno de los más sangrientos ejemplos (34).

Desde el punto de vista del Materialismo Histórico el sistema socialistas soviético ha venido así también a suplir al capitalismo en una carrera industrializadora recorrida «por un camino nada agradable»: «sea que la represión es *necesaria* para una rápida acumulación o que no lo sea, *de hecho ambas han ido juntas tanto en el Este como en Occidente*» (35). Y así como Marx *justificaba históricamente* los crímenes del capitalismo por su contribución al desarrollo de las fuerzas productivas, así hoy día los comunistas *justifican históricamente* los crímenes del socialismo soviético por su contribución a la industrialización de la URSS con vistas a una futura implantación de la sociedad verdaderamente comunista. El Materialismo Histórico de Marx encuentra así una aplicación paralela, en los dos respectos que acabo de comentar, a la industrialización capitalista y a la industrialización socialista.

Pero el paralelismo no termina aquí. Las relaciones soviéticas de producción, una vez logrado un grado de desarrollo suficientemente elevado de industrialización, han entrado en contradicción con un ulterior desarrollo de las fuerzas productivas. El sistema de planificación centralizada, que fue capaz de sacar a la URSS de su subdesarrollo económico y convertirla en la segunda potencia mundial, comenzó ya a mediados de los años cincuenta a mostrar signos de incapacidad para dirigir y controlar racionalmente una economía compleja y desarrollada, para impulsar, aprovechar y asimilar la nueva revolución científico-técnica, y para dar satisfactoriamente el paso de una economía orientada obsesivamente al crecimiento industrial hacia una economía orientada ya fundamentalmente a satisfacer las necesidades de consumo final de la

(31) A. NOVE, *The Soviet Economic System*, o. c., pág. 19; L. SCHAPIRO, *The Government & Politics of the Soviet Union*, London, 1975, págs. 47 y sig.

(32) *Capital I*, MEW 23, 742 y sig. y 788.

(33) Citado en R. LORENZ, *Sozialgeschichte...*, o. c., pág. 193.

(34) No cabe duda que la personalidad de Stalin jugó un papel importante en los crímenes cometidos en la URSS entre 1928 y 1940, pero tampoco cabe duda de que no puede reducirse su explicación a la figura de Stalin. Véase A. NOVE, *Was Stalin Really Necessary?*, London, 1964.

(35) J. ROBINSON, «Socialist affluence», en *Socialism, Capitalism and Economic Growth* (edited by C. H. Feinstein), Cambridge, 1969, pág. 179.

E. M. UREÑA

población, a elevar su bienestar y nivel de vida, y a iniciar así la etapa encaminada directamente al «desarrollo pleno y libre de todos y cada uno de los individuos». Kosygin, en el Informe (1965) aludido ya al comienzo de este artículo, reconoció oficialmente la necesidad de perfeccionar el sistema de planificación centralizada. Desde entonces los textos soviéticos dedicados al tratamiento de la dirección y planificación de la economía socialista comienzan regularmente recogiendo esta problemática, y subrayando la necesidad de perfeccionar organizativa y técnicamente el sistema de planificación y dirección, acomodándolo a las exigencias de la nueva etapa que han denominado la etapa del *socialismo desarrollado* (*razbitoi sotzializm*) (36).

CONCLUSION

Desde el punto de vista del Materialismo Histórico podemos entonces decir también, en paralelismo formal con la tesis de Marx acerca del capitalismo, que el sistema socialista soviético de planificación centralizada, una vez que ha conseguido impulsar un cierto grado elevado de desarrollo de las fuerzas productivas, *deja de ser la forma capaz de seguir impulsando racionalmente ese desarrollo y de servir a la preparación histórica del establecimiento de una futura sociedad*, cuyo principio fundamental, según Marx lo quisiera, sería el del «desarrollo pleno, polifacético y libre de todos y cada uno de los individuos». Y es muy importante subrayar aquí que, aunque en este artículo nos estamos limitando a la realidad histórica de la URSS, estas conclusiones están igualmente avaladas por el resto de las economías socialistas europeas, que adoptaron forzosamente el modelo soviético de planificación centralizada tras la segunda guerra mundial, y particularmente por los países más industrializados como Alemania Oriental, Checoslovaquia y Hungría (37).

Podemos finalmente preguntarnos, antes de sacar nuestras conclusiones finales, qué éxitos o qué fracasos han tenido en la URSS y demás países socialistas europeos, las reformas económicas propuestas para acomodar las relaciones de producción a las nuevas exigencias históricas del desarrollo de las fuerzas productivas. Sin poder entrar ahora en detalles (38), tenemos que decir que esas reformas no han podido ser llevadas a cabo todavía en el grado requerido por las nuevas circunstancias históricas. Ello ha sido y es debido fundamentalmente a dos razones, una de tipo *político* y otra de tipo *económico*. La razón política de fondo estriba en que *una verdadera y efectiva reforma del sistema económico implicaría necesariamente una reforma estructural profunda del sistema político hacia una auténtica democratización*. La razón económica estriba en que no se ve claro, en una reforma encaminada a descentralizar a fondo las economías socialistas con la correspondiente democratización de sus estructuras políticas, *dónde estarían los límites entre el socialismo y el capitalismo*. Por todo ello las clases dirigentes de los países socialistas han ejercido y siguen ejerciendo fuertes presiones para impedir que las reformas económicas vayan más allá de los límites que *les aseguran sus posiciones privilegiadas de poder*. Hasta ahora lo han conseguido,

(36) P. ej.: P. A. IGNATOVSKII, *Razbitoi sotzializm*, Politizdat, Moskva, 1974, páginas 3-12, 171-182; S. S. DZARASOV, *Upravlenie sotzialisticheskim proizvodstvom*, Ekonomika, Moskva, 1976, págs. 3-33; A. M. OMAROV, *Nautschnie osnovi upravlenija sotzialisticheskoi ekonomikoi*, Misl, Moskva, 1976, págs. 3 y sig., 26-29; N. A. MOISEENKO, M. V. POPOV, *Teorija vosproizvodstva i upravlenie sotzialisticheskoi ekonomikoi*, Misl, Moskva, 1976, págs. 3-5.

(37) J. KOSTA, *Warenproduktion im Sozialismus*, o. c., págs. 134-218; A. NOVE, «Economic Reforms in the USSR and Hungary, a Study in Contrasts» (1970), en *Socialist Economics*, o. c., págs. 335-362; J. WILCZYNSKI, *The Economics of Socialism*, London, 1972 (2.ª ed.).

(38) P. ej. en la distinción entre países que han enfocado las reformas como una modificación dentro del mismo modelo de planificación centralizada (URSS, Alemania Oriental) y países que las enfocaron desde un paso a un modelo descentralizado (Checoslovaquia, Hungría).

aunque hayan tenido que hacer algunas concesiones. Checoslovaquia de 1968 es sólo el ejemplo sangriento de esta oposición. Por eso, desde el punto de vista del Materialismo Histórico, es dudoso que se puedan denominar *no antagónicas* las contradicciones surgidas en la URSS y demás países socialistas entre el desarrollo de las fuerzas productiva y sus relaciones socialistas de producción (39).

Para concluir este artículo podemos pasar ya a responder la pregunta que dejamos colgando al final del apartado anterior: ¿puede considerarse verdaderamente la sociedad socialista soviética, junto con las de los demás países del Este europeo, como una confirmación histórica y empírica del desarrollo social delineado en el Materialismo Histórico de Marx y como el inicio de la nueva sociedad socialista o comunista prevista por él?

Al trasfondo de lo expuesto hasta aquí mi respuesta a esta pregunta, una respuesta por supuesto limitada e incompleta ya que no pretende abarcar *todos* los aspectos que esa pregunta encierra (40), se puede resumir en los cinco siguientes puntos.

En primer lugar, el socialismo soviético (y junto con él el de los demás países socialistas del Este europeo) coincide en tres características fundamentales de su organización económica con la sociedad socialista prevista por Marx: apropiación social de los medios de producción, producción orientada directamente a los valores de uso en vez de al valor de cambio, planificación y control social de la economía. Lo cual no significa, por supuesto, que el socialismo soviético sea *la única* forma posible de realizar esas tres características generales.

En segundo lugar, el socialismo soviético (y junto con él el de los demás países socialistas del Este europeo) no ha confirmado históricamente el paso objetivo y necesario del capitalismo al socialismo. Hasta ahora sólo ha impulsado en determinados países del mundo, sobre la base de una economía organizada según las características generales señaladas en el párrafo anterior, el desarrollo de las fuerzas productivas que según Marx constituye la condición necesaria para poder instaurar un verdadero socialismo, desarrollo que en otros países determinados ha sido realizado por el capitalismo.

En tercer lugar, el socialismo soviético (y junto con él el de los demás países socialistas del Este europeo) ha intentado y conseguido una *distribución económica* de la riqueza—que no del poder—bastante igualitaria, aproximándose así de alguna manera a una de las características básicas de la sociedad socialista prevista por Marx.

En cuarto lugar, no se puede afirmar que la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en la URSS y demás países del Este europeo *no sea antagónica*, aun cuando ese antagonismo presente una configuración social distinta de la existente en los países capitalistas.

En quinto y último lugar, el análisis objetivo de la realidad socialista de la URSS y demás países del Este europeo no arroja todavía suficientes datos como para juzgar, con rigor científico y sin dedicarse al profetismo, sobre su futura evolución hacia el tipo de sociedad que Marx soñara. Esa futura evolución y sus consecuencias están todavía por escribir en el libro de la historia.

(39) M. LEWIN, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, o. c.

(40) En un próximo artículo espero tratar el problema de la relación entre los aspectos analíticos y «técnico-económicos» y los aspectos «utópicos» del socialismo de la URSS.